

F1231  
.5  
V56  
V.2.  
C.1



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155981



EL 14 DE MARZO DE 1858

1

**E**L 19 de Enero de 1858, Don Benito Juárez, vice presidente de la República, según la Constitución del año anterior, después de haber abandonado la capital de la República sin que nadie se acordara de él, (1) establecía su gobierno en Guanajuato, bajo la protección de D. Manuel Doblado, Gobernador de esa importante entidad y de la que le ofrecía la coalición de los gobernadores de los Estados de Guanajuato, Jalisco, Querétaro, Michoacán y Zacatecas; por su parte, el

(1) Cuéntase que en los días que Juárez llegó a Guanajuato, era tan desconocida su persona y su carácter, que un sujeto notable de esa población escribía a un amigo suyo que residía en México: "Ha llegado á esta un indio llamado Juárez, que se dice Presidente de la República."

General Don Félix Zuloaga, jefe de los tacubayistas organizaba su gobierno en la ciudad de México el día 23 del mismo mes de Enero.

Ambos gobernantes expidieron en esos actos, los *manifestos* ó proclamas que eran de rigor entonces y se prepararon á la larga y sagriente lucha civil conocida en nuestros anales con el nombre de «GUERRA DE TRES AÑOS.» A los aprestos que hacía el joven General Don Luis G. Osollo para salir á la campaña contra los ejércitos de la coalición liberal, contestó el General Don Anastacio Parrodi, desistiéndose del viaje que iba á hacer á la frontera del Norte para ponerse de acuerdo con Don Santiago Vidaurri, Gobernador del Estado de Coahuila y Nuevo León y regresando violentamente de la Hacienda de la Pila hasta Celaya, donde desde mediados de Febrero se ocupó en reunir las fuerzas procedentes de Jalisco, Guanajuato, Querétaro, Michacán y Zacatecas, con las que pudo formar un cuerpo de ejército, fuerte en siete ú ocho mil hombres, y mandado por los Generales Doblado, Epitacio Huerta, José María Arteaga, Juan N. Rocha, Mariano Moret y otros.

Una gran batalla campal era inminente, pues á creer lo que dice D. José María Vigil (1), el gobierno conservador comprendió la necesidad de apresurar sus operaciones, *extendiendo por las armas la esfera de su dominación, ya que las ad-*

(1) "México á Través de los Siglos." Tom. V, pág. 285.

*hesiones espontáneas no correspondían á las esperanzas que en ellas se cifraban, y á este efecto, concentró toda su actividad en organizar un cuerpo de ejército que marchase al interior; sin embargo, no fué esa la causa del movimiento del General Osollo, sino la necesidad imprescindible en que estaban los conservadores, si querían sostenerse en el poder, de acabar con la coalición, que podía hacerse temible, y de destruir el principal ejército de sus adversarios. Por otra parte, lo copiado anteriormente queda desvirtuado por completo con las palabras que se leen en la misma obra, á la página siguiente; estas otras al tratar del plan de campaña de Parrodi, dicen: "Esto explica el movimiento retrógrado del ejército constitucionalista, al mismo tiempo que el grave error cometido por el Gral. Parrodi, quien partió de un supuesto enteramente ilusorio, y fué el creer que hubiese hastantes fuerzas liberales que amenazasen á México, siendo así que la defección de muchos jefes había extendido el radio de la dominación reaccionaria, la cual se hallaba en su período de expansión." La contradicción es palpable y lo cierto es que los conservadores se hallaban en su período de expansión, por lo que se apresuraban á ir al encuentro del mayor ejército que sus contrarios habían podido reunir.*

Los generales conservadores iban reuniéndose para acercarse al campo de batalla elegido por Parrodi y el 11 de Febrero, Osollo y Miramón ocuparon á Querétaro, plaza que sin disparar un tiro les

abandonó su gobernador, general Don José María Arteaga, no obstante que tenía á sus órdenes dos mil hombres. Al saber este movimiento Juárez, abandonó el día 13 á Guanajuato no considerándose seguro allí y se dirigió á Guadalajara á donde llegó el 15.

Parrodi, no teniendo fe en su ejército, que había sido formado violentamente, en parte con los recursos que arbitró Doblado (1) y en el que los jefes tenían mutuas desconfianzas, dejó que se reunieran las tropas conservadoras y organizadas convenientemente, tomaran la ofensiva el 6 de Marzo, y consiguieran por medio de un falso movimiento sobre Guanajuato, que el jefe liberal abandonara su posición ventajosa de Celaya y se situase en Salamanca después de hacer una pesada jornada. Con este movimiento los dos generales contendientes cambiaron sus planes de campaña.

El día 9, Miramón se presentó inopinadamente á medio día frente á Salamanca: el ejército liberal salió precipitadamente á tomar sus posiciones; empezó el cañoneo y una brigada liberal, procedente de Zacatecas, se desbandó, arrojando sus armas: sin embargo, como aun no tomaba posiciones

---

(1) Para arbitrarlos impuso en Guanajuato un préstamo de cien mil duros de los que exigió cincuenta mil á la casa de Jecker: como la casa se resistiese á pagarlos, Doblado los mandó extraer de la casa de la compañía inglesa: el Ministro de la Gran Bretaña reclamó y exigió una satisfacción por el agravio; pero por entonces nada se arregló. Esta fué la primera dificultad diplomática surgida durante la guerra de tres años.

el general Casanova, nada se hizo aquel día y la batalla quedó reservada para el siguiente.

Al amanecer del 10, ambos ejércitos tenían su formación de batalla; muévase el general Moret y el coronel Calderón (liberales) al frente de mil doscientos jinetes sobre la división Casanova; pero el espacio que estos dragones tenían que recorrer para dar la carga era muy largo y contra todas las reglas de la táctica, así es que hubo tiempo de hacer converger todos los fuegos de las baterías conservadoras sobre la columna, que aunque se portó con bizarría, fué deshecha y obligada á retirarse en precipitada fuga dejando al valiente coronel Calderón muerto sobre el campo. Terminado este episodio, las divisiones de Miramón y Casanova cargaron sobre el ejército liberal, que no resistió el choque y se dispersó en su gran mayoría.

Parrodi y Doblado se retiraron con unos dos mil hombres, perseguidos muy de cerca por los conservadores, y se separaron al día siguiente, siguiendo Parrodi para Guadalajara y dirigiéndose Doblado á Romita donde firmó el convenio que lleva el nombre de ese pueblo. Doblado, creyendo que la causa constitucionalista había muerto en Salamanca, como estaba acostumbrado que sucediera en las anteriores revoluciones, en las que el vencido se iba al extranjero y no insistía en pelear, no tuvo inconveniente en tratar con los conservadores, entregando á Osollo las fuerzas que le habían quedado y obteniendo para sí que

se le expidiese licencia absoluta. Don Eпитacio Huerta con unos cuantos hombres se retiró á Michoacán y el resto de las fuerzas constitucionalistas se dispersó en distintas direcciones.

Grande importancia tuvo el triunfo de Salamanca para la causa conservadora; además de que dió por resultado destruir el único ejército regular y organizado con que contaban los constitucionalistas, dejó pacificada la gran extensión del país que se extiende entre México y Guadalajara, y dió tal importancia al gobierno establecido en la capital, que el cuerpo diplomático extranjero sin excepción se apresuró á reconocerlo; por el Oriente y Sur también se extendía la influencia conservadora y únicamente quedaba por los liberales Veracruz, donde Gutiérrez Zamora se defendió de los ataques de Echegaray; Guadalajara, núcleo de los constitucionalistas y que no podría sostenerse mucho tiempo; el Norte, donde las fuerzas de Vidaurri iban á poner en jaque á la revolución triunfante, y diversas partidas sueltas diseminadas por varios puntos del territorio.

La atención del país se fijó en Guadalajara, á donde á marchas forzadas se dirigía Parrodi, tanto para alejarse de sus vencedores, como para tener una plaza donde dar descanso á sus tropas y defender al gobierno liberal, que estaba en una situación bien precaria. Parrodi, con una fuerza de mil hombres poco más ó menos, desmoralizado por la derrota de Salamanca y perseguido de

cerca por Osollo. supo, sin embargo, conservar su ejército, artillería y municiones y entró á Guadalajara en los momentos más críticos para los constitucionalistas, como vamos á ver.

## II

La noticia del resultado de la acción de Salamanca llegó á Guadalajara en la madrugada del 12 de Marzo (cuando los restos del ejército de Parrodi se encontraban en León, bastante y produjo profunda sensación.

En Guadalajara, como en toda la República, había partidarios de las ideas liberales y de las conservadoras, y los sucesos ocurridos en México en los meses anteriores no habían dejado de producir alguna fermentación, y la llegada de Juárez contribuyó á mantenerla y á aumentarla hasta que al fin se tradujo en hechos.

La guarnición de aquella ciudad la formaban unos setecientos hombres, de los que una parte pertenecía á la Guardia Nacional mandada por el Lic. Miguel Contreras Medellín, jefe político; otros piquetes de la misma institución á las órdenes de Don Miguel Cruz Aedo y Don Paulino Raigosa; un escuadrón de lanceros y doscientos hombres que mandaba el coronel graduado Don Antonio Landa. Era natural que entre esos jefes hubiese algunos afectos á las ideas conservadoras, y que

la noticia de la batalla de Salamanca les animase á manifestar claramente ese afecto, máxime cuando tenían el mal ejemplo que había dado en Tacubaya la brigada Zuloaga y estaban viendo que la revolución, de entonces era enteramente militar.

Uno de esos jefes fué Don Antonio Landa. Un escritor testigo de los sucesos (1) asegura que Landa, cuyo padre político, el general Castro, militaba en las filas conservadoras, conspiraba y que ya se había dado aviso de esto al gobernador interino Don Jesús Camarena; pero que el general Silverio Núñez había respondido de la fidelidad del coronel. Lo cierto del caso es que, según asegura el Sr. Vigil, cuando el 12 de Marzo al amanecer, llegó á Guadalajara la noticia de la derrota de Salamanca, y se temió un desórden en la ciudad, Camarena y Contreras Medellín instaron á Juárez para que quitara el mando á Landa, lo que Ocampo ofreció hacer al día siguiente (2)

(1) Don Antonio Pérez Verdía, cuyos manuscritos aprovechó para escribir esta parte de su historia, el Sr. Vigil, en la obra *México á través de los Siglos*.

(2) Ese día 12, no obstante saberse ya en Guadalajara el resultado de la acción de Salamanca, Don Benito Juárez y sus Ministros se fueron á tomar baños á los Colomos, punto distante dos leguas de la ciudad. D. Guillermo Prieto, testigo de lo acontecido en la capital de Jalisco, como escribió de memoria, confunde los sucesos, llama á la acción de Salamanca batalla de la Estancia, cuando fueran dos distintas, dadas con casi dos años de intervalo, y dice que la noticia de la derrota se recibió el 13, estando en junta. "la junta proseguía cuando llegó el parte de la derrota de Salamanca con horribles pormenores," agrega, afirmando que Juárez dijo: *Han quitado una pluma á nuestro gallo*. Ni hubo pormenores horribles en esa acción, ni es creíble que al amanecer ya estuviera el gabinete liberal en consejo.

A nuestro juicio, es más exacta en este punto la relación del Sr. Pérez Verdía que la de Prieto.

Por vía de precaución se enviaron cincuenta hombres del Batallón *Hidalgo*, de la guardia nacional y á las órdenes del capitán Don Casimiro Pérez Verdía, "para que fuesen á dormir á los corredores altos de palacio," según dice el Sr. Vigil.

¡Singular orden esa de mandar á dormir á los que tenían obligación de velar y estar alerta!

A la mañana siguiente, aquellos hombres, después de haber cumplido concienzudamente su consigna, se retiraron por orden del general Núñez. Refiere el Sr. Pérez Verdía que el pronunciamiento de Landa no se verificó en la madrugada del 13 á causa de que el capitán Don Casimiro del mismo apellido, que no estaba complicado en el movimiento, fué el jefe de ese retén de cincuenta hombres que durmieron en el Palacio; pero que los avisos de que Landa se pronunciaría á las diez, hora del relevo de las guardias, continuaron recibándose; que con tales anuncios, el jefe político Contreras Medellín se situó á la puerta de la jefatura en espera de los sucesos.

Aunque refiera todo eso un testigo presencial, no es posible creer que pasaran así las cosas, ni se comprende esa calma é inacción de todos los actores de ese suceso, cuando sabiendo hasta la hora exacta del pronunciamiento no tomaron ninguna providencia para impedirlo. No creemos que la presencia del capitán Pérez Verdía frustrase el movimiento en la madrugada del 13, pues Landa no se proponía tomar por asalto el Palacio, ni juzgamos tampoco cierto que se conociesen los proyectos de Landa. En efecto, lo más llano hubiera

sido que Camarena, el gobernador interino, ó Contreras Medellín, el jefe político, en lugar éste de situarse tranquilamente en la puerta de su oficina á esperar los graves sucesos que se preparaban, se hubiera dirigido á su superior ó al Palacio, y haciendo ver á Juárez y á su Ministro Ocampo, el peligro que corrían, pedirles la destitución inmediata y sin demora de Landa ó el desarme de su fuerza; y si temían que ya no se les obedeciese, reunir las guardias nacionales é ir con ellas al cuartel del 5<sup>o</sup> regimiento para sofocar en su cuna la sublevación. Si ni aun esto era posible, debían haber evitado el relevo de los cincuenta hombres del Batallón *Hidalgo*. ó cuando menos, procurar llevar á Palacio algunas tropas para defenderlo. De todos modos, su obligación era impedir que Landa entrase al Palacio; si no cumplieron, pues, fué, ó porque ignoraban el plan de este coronel, y en ese caso no fueron responsables de nada, ó porque sabiéndolo, quisieron dejar á Juárez y sus acompañantes que corrieran su suerte, y en este caso sí se hicieron responsables de lo que pasó, pues Landa no se habría atrevido á atacar el edificio al verlo ocupado y dispuesto á la defensa. Así, pues, debe acogerse con muchas reservas la relación del Sr. Pérez Verdía, que, como vemos, ó desfigura los sucesos ó arroja responsabilidades fuertes sobre las autoridades de la capital de Jalisco.

Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que á las diez de la mañana las fuerzas de Landa en-

traron á dar la guardia de Palacio sin encontrar obstáculo de ninguna clase, y lo primero que hicieron, así que la guardia saliente dejó el edificio, fué apoderarse del cañón que estaba en el patio (1) acto que ejecutó el teniente García, en tanto que el capitán Don Filomeno Bravo hacía saber á Juárez y su séquito, que estaban presos. D. Guillermo Prieto, Ministro de Hacienda, que á la sazón estaba en la puerta del Palacio viendo relevar la guardia, se dirigió arriba y quiso compartir la suerte de sus compañeros; en consecuencia, fué conducido al salón del Congreso, donde ya habían sido llevados los demás prisioneros. Desde ese momento, éstos quedaron vigilados muy de cerca por dos centinelas de vista que se instalaron en el mismo salón.

Las personas que en unión de Don Benito Juárez quedaron allí detenidas, fuerón las siguientes:

Don Melchor Ocampo, Ministro de Relaciones y de Guerra.

Lic. Don Manuel Ruiz, Ministro de Justicia.

Don León Guzmán, Ministro de Fomento.

General Don José Silverio Núñez.

(1) A nuestro juicio, en otro error incurrir el Sr. Pérez Verdía ó el Sr. Vigil, cuando dicen que la guardia del 5<sup>o</sup> llevaba la consigna de apoderarse del Presidente y sus Ministros, *teniendo igual consigna la guardia que salía del servicio*. Si salía, ¿cómo se le había de dar una consigna que materialmente no podía obedecer? A menos que la hora del pronunciamiento se hubiese adelantado, y Juárez ya estuviera preso; pero ningún historiador dice esto. Por otra parte, si la guardia saliente hubiera estado inoada en el pronunciamiento, en lugar de salir del edificio se hubiera quedado en él, para ayudar á Landa en su empresa.

- Coronel Don Refugio González.  
Don Francisco de P. Cendejas, Oficial Mayor de la Secretaría de Gobernación.  
Don Nicolás Pizarro, Oficial Mayor de Justicia.  
Don Francisco de P. Gochicoa, Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda.  
Don Francisco Mejía, Jefe de Sección de la Secretaría de Hacienda.  
Don J. M. Carmendia, Jefe de Sección de la Secretaría de Hacienda.  
Don José A. Morales, Contador de la Administración General de Papel Sellado.  
Don Gregorio Medina y Flores, Oficial de la Secretaría de Guerra.  
Don Matías Romero, Oficial de la Secretaría de Relaciones.  
Don Fermín Gómez Farías.  
Don Alfredo Bablot (padre).  
Don Francisco del Razo, Oficial de la Secretaría de Hacienda.  
Don Rafael Ortega, escribiente.  
Don Lorenzo Medina, escribiente.  
Don Juan N. Vera, propietario é industrial, que servía de ayudante al Sr. Juárez.  
Don Basilio Pérez Gallardo, Director del Periódico Oficial en la imprenta de Brambila. (1)

(1) Cuando se publicaron por primera vez estos Estudios (1898), aún vivían D. Matías Romero, que era Ministro de México en Washington; Don Francisco Mejía, diputado al Congreso de la Unión, y Don Francisco de P. Gochicoa, que tenía el mismo carácter. Hoy (Octubre de 1903), sólo vive el último, que continúa siendo diputado.

III

Las noticias de la sublevación y de la prisión del gobierno juarista cundieron rápidamente por la población y la llenaron de pánico, así como á muchos individuos liberales: algunos, sin embargo, pretendieron que Landa desistiese de lo que había hecho y los Sres. Eulogio Neri y Guillermo Langlois se dirigieron á ver á aquel inútilmente, pues no consiguieron su objeto; el general Núñez también estuvo á verlo y un soldado disparó contra el general, dando la bala contra el reloj que este usaba, lo que amortiguó el golpe. Núñez fué preso y conducido á palacio donde se le tuvo separado de los demás prisioneros.

El gobernador Camarena se encerró en el Ayuntamiento con unos diez hombres. Contreras Medellín, así que presenció los sucesos, fué al cuartel del Batallón Hidalgo; que estaba en S. Agustín, ocupó con tropa la torre del templo, situó sus centinelas en las afueras y con los cien hombres con que contaba, rompió el fuego sobre palacio; Cruz Aedo, desde su cuartel de San Francisco, también se dispuso á la defensa, reuniendo á sus soldados los de Raigosa que estaban en el Carmen; y Alvarez, por último en Santa María de Gracia, asimismo asumió una actitud ofensiva. Los fuegos de todos esos puntos se rompieron sobre palacio y durante el resto del día 13 no hicie-

ron ambos bandos más que estarse tirotenado sin resultado práctico ninguno. A Landa se unieron algunos jefes como Quintanilla y Don Pantaleón Moret; y algunos presos que fueron sacados de la cárcel pública; los liberales por su parte tambien vieron aumentar sus filas con algunos entusiastas; impusieron un préstamo y dejaron pasar el día sin intentar nada, pues sus fuerzas eran demasiado pequeñas para intentar un asalto sobre palacio; las de Landa tambien eran muy reducidas para que pensase en tomar la ofensiva, atacando cualquier punto ocupado por los juaristas.

Para resolver la situación necesitaban conservadores y constitucionalistas que de fuera les llegase algún auxilio, ya fuese Parrodi con los restos de su división para libertar á Juárez y á sus compañeros, ya Osollo para someter enteramente á Guadalajara y llevarse á los presos á lugar seguro con lo que la causa liberal hubiera sufrido un tremendo golpe.

Comprendiendo Landa la situación comprometida en que se encontraba, se apresuró á comunicar al general Osollo la prisión de Juárez y sus ministros, por medio de un extraordinario que recibió Miramón el día 16 en Lagos y que siguió para León á donde se hallaba aquel jefe; los constitucionalistas por su parte noticiaron los sucesos de Guadalajara al general Parrodi á fin de que apresurase su marcha y acudiera en su auxilio, pues aun cuando era perseguido por Osollo y Miramón, las fuerzas que traía de Salamanca unidas

á las de Guadalajara, eran más que suficientes para derrotar á los trescientos ó quinientos hombres de que Landa disponía, y libertar al gobierno antes de que llegara Osollo.

Entretanto la situación de Landa era bastante crítica: hostilizado por fuerzas superiores á las suyas, que aunque no estaban en aptitud de derrotarlo, si lo mantenían en jaque, y temiendo que de un momento á otro llegaran como se decía, las de Parrodi que podrían aniquilarlo, procuró buscar un aveamiento que le permitiera salir airoso de la situación en que estaba; los constitucionalistas por su parte también buscaban el modo de libertar á Juárez y á sus ministros, pues con la prisión de ellos la revolución sufría un golpe terrible y quedaba acéfala; arrancar por la fuerza á Landa los prisioneros no era hacedero y sólo restaba tratar con él: el general Núñez á quien se puso en libertad, empezó á buscar la manera de llegar á un arreglo.

A las nueve de la mañana del día 14 se tocó parlamento en palacio, y habiendo contestado el punto de San Agustín donde estaban Camarena y Contreras Medellín, salieron Don Pantaleón Moret, de parte de Landa, y Don Silverio Núñez de la de Juárez para tratar del arreglo con Camarena ó con Contreras Medellín si aquél no se encontraba. Entre tanto el fuego se suspendió en todos los puntos, y la conferencia prometía terminar pacíficamente, cuando un suceso inesperado por poco hace que los acontecimientos se hubieran



desenlazado de un modo impensado y deplorable. Cruz Aedo que estaba en San Francisco con treinta hombres de guardia nacional, decidió con ellos intentar un golpe de mano y atacar el palacio; los más indulgentes han calificado de calaverada ese acto, cuando merece otro calificativo más duro, pero más exacto. En efecto, además de que su fuerza era muy corta para intentar un ataque formal, tenía conocimiento del armisticio, pues el Sr. Vigil dice (1) que cuando el general Núñez tuvo noticia de la salida de Cruz Aedo "mandó tocar otra vez parlamento en San Agustín; se repitieron órdenes al punto de San Francisco para que respetara la suspensión de hostilidades y regresó á Palacio para dar cuenta de su comisión y satisfacciones por la conducta de Cruz Aedo." Así es que éste tuvo conocimiento anterior del armisticio, tanto por el primer aviso que se le dió, cuanto porque San Francisco no está tan lejos de Palacio para que no pudiera saber que las hostilidades estaban en suspenso.

Por su parte, el Sr. Pérez Verdía pretende disculpar á Cruz Aedo, diciendo que al cuartel de San Francisco no se comunicó la orden de suspender las hostilidades, ni se le dió noticia de la conferencia; que Cruz Aedo mandó avisar á Contreras su movimiento para que cooperase á él y que este aviso lo envió cuando ya estaba listo para marchar al asalto. Que esto se lo dijeron el mismo Cruz Aedo, Molina y otros que estaban en

(1) Op. cit. Tomo V, pág. 295.

San Agustín; el testimonio de Aedo es bastante sospechoso; también lo es el de Molina, que no estaba en San Agustín, sino en San Francisco, como lo dice el Sr. Vigil en la página 293, y lo corrobora el hecho de quedar herido Molina al llegar con los treinta asaltantes, á las cercanías de la plaza.

En cuanto á las otras personas de que habla el Sr. Pérez Verdía, si estaban en San Agustín, como Cruz Aedo y el doctor Molina, que no estuvieron ahí, tampoco merecen crédito: era natural que todos ellos pretendieran disculpar la temeridad que habían hecho y la falta de cordura (no merece otro nombre), que cometieron alegando ignorancia de la suspensión de hostilidades. Si Camarena y Contreras, por no ser militares, no habían comunicado á todos los puntos la suspensión, en San Agustín ya estaba el general Juan B. Díaz, que sí era militar, y que tenía el mando en jefe de ese punto y de todos los demás, según lo expresa claramente el Sr. Vigil, contradiciendo en este punto al Sr. Pérez Verdía; así, pues, tampoco cabe la disculpa de este señor que dice que la orden de suspensión no se comunicó á San Francisco, porque en San Agustín no había militares que conocieran la ordenanza.

Resulta, pues, de todo esto, que Don Miguel Cruz Aedo, además de que á sabiendas violó el armisticio, fué el que puso en grave riesgo la vida de Don Benito Juárez y sus compañeros, con su conducta loca é imprudente, y sin tener ningun-

na probabilidad del triunfo, pues por más valor que tuviera y por más vehemente que fuera su carácter, debía de comprender que treinta hombres desorganizados y sin instrucción militar, no eran suficientes para tomar el Palacio defendido por una fuerza seis ó siete veces mayor que la suya y que sí tenía esa instrucción.

Cruz Aedo, el doctor Molina y los treinta hombres, marcharon á la deshilada por la calle de Palacio que termina en la tapia del convento de San Francisco hasta la esquina de la cárcel, donde había un cañón custodiado por un centinela; pretendieron apoderarse de él cuando el centinela que los vió llegar, dió la voz de alarma; la tropa de Palacio salió á los balcones á hacer fuego y la pequeña columna quedó desorganizada y con algunas bajas, entre ellas el doctor Molina, que cayó herido, y sin que nadie lo persiguiera se retiró hasta el punto de su partida, donde ya se juzgó seguro.

Por el relato de esa escaramuza, se verá cuán ridícula fué la tentativa de Cruz Aedo: treinta y dos hombres no pudieron apoderarse de un cañón custodiado por un solo centinela y se retiraron hasta su cuartel sin que nadie los persiguiese y sin que hubiera habido necesidad de que los de Palacio hicieran una salida. Pero en el relato de esa escaramuza, hay una circunstancia que contribuye á demostrar la imprudencia de Cruz Aedo y á corroborar la idea ya emitida de que obró con la conciencia de que había un armisticio: cuando

hay hostilidades, no se deja un cañón con un centinela ni los curiosos pululan por las calles como pululaban, sino que se ponen en seguro. Estas circunstancias, unidas al silencio que había por la suspensión del fuego, hubieran debido acabar de convencer á Cruz Aedo de que había un armisticio y hacerlo desistir de su ridícula tentativa de asalto.

#### IV

A la voz de alarma dada por el centinela de la esquina y á los primeros tiros, los que estaban en Palacio creyeron que se les traicionaba y que lo del armisticio no era más de un pretexto para atacarlos cuando estuvieran más descuidados esperando el resultado de las conferencias de San Agustín.

En el primer momento de la sorpresa, el capitán D. Filomeno Bravo y el oficial Peraza, que mandaba la guardia, hicieron entrar á ésta, que constaba de unos veinte hombres, á la pieza donde estaban los prisioneros. Esa pieza se comunicaba con otras dos más pequeñas, situadas á ambos lados, por otras tantas puertas: en ellas se refugiaron la mayor parte de las personas que acompañaban á Juárez á ver entrar la guardia: este mismo también se retiró hasta quedar en el hueco de una de las puertas, dando el frente á los que entraban. (1)

1 Don Guillermo Prieto (*Historia*, página 660, edición de 1886), dice: "Juárez estaba en la puerta del cuarto como una estatua," por su parte, el Sr. Vigil afirma "que ni se